

**Alcalá de Henares**

**21 de Febrero 2017**

**Conferencia a los sacerdotes**

**Card. Mauro Piacenza**

**Penitenciario Mayor**

***“Cómo ser libres en el contexto de una sociedad del pensamiento único”***

Queridísimos Hermanos:

Después de haber profundizado juntos en la relación entre conciencia, libertad y Palabra de Dios y de habernos detenido ampliamente sobre la función de la dirección espiritual, intentemos ahora responder a una cuestión decididamente crucial para nuestra vida y para nuestro apostolado, cuestión que habita en nuestras mentes y nuestro corazón y que cotidianamente nos interroga: ¿cómo ser libres frente a la dictadura del pensamiento único?

Intentaré dar una respuesta a esta cuestión sanamente provocativa invirtiendo los términos del problema: me detendré, sobre todo, en el examen del llamado “pensamiento único”, para analizar después las posibles vías de salvaguarda de la libertad personal y eclesial.

## **1. Sociedad del pensamiento único**

La entera Iglesia Católica ha tomado conciencia explícita de la gravedad de la situación cultural durante la memorable homilía del entonces Cardenal Joseph Ratzinger, en la Santa Misa *pro eligendo Romano Pontifice*, en la cual el futuro Benedicto XVI habló, sin términos medios, de la “dictadura del relativismo”.

El hecho de que se trate de una dictadura cultural y no política o militar la hace aparecer menos violenta, menos coercitiva o menos dramática.

En realidad, paradójicamente, es cierto lo contrario: de una dictadura militar podemos defendernos mucho más espontáneamente, ya que condiciona y constriñe relaciones externas, pero nada puede contra la conciencia y el juicio de conciencia.

La dictadura cultural, por el contrario, escondiéndose tras una libertad engañosa, alcanza al condicionamiento interior, al lento pero inexorable plagio de las conciencias, a privar de cualquier libertad a aquellos que piensan ser máximamente libres. Hemos indagado ampliamente en nuestra primera conversación sobre el concepto auténtico de libertad, por tanto no me detengo ulteriormente en este punto; me interesa, sin embargo, delinear brevemente cómo se puede haber llegado a esta situación y cuáles son sus contornos.

Desde el punto de vista estrictamente filosófico la raíz remota de la actual dictadura del pensamiento único se remonta a la revolución cartesiana, que sustituye la realidad, la conciencia del objeto en sí mismo, por la idea que se tiene de ella; que sustituye la realidad por el pensamiento sobre la realidad. Es una sustitución estructural que ha condicionado todo el pensamiento humano, marginando progresivamente la metafísica y el conocimiento que el hombre puede tener de la realidad, de la naturaleza de la realidad y de su sustancia. Han pasado muchos siglos desde Descartes, pero el camino de esta “raíz del mal” ha sido largo y por desgracia imparable.

Este estrechamiento de la capacidad humana de conocer lo real ha tenido varios desarrollos que no puedo delinear aquí y, pasando por John Locke y David Hume, se ha llegado hasta Kant. Para Locke, de hecho, la sustancia sencillamente no existe; para Hume se trata de un simple nombre, de una serie de sensaciones que el hombre está habituado a percibir, que relaciona con regularidad y a las que atribuye un nombre (nominalismo); y para Kant, que recorre un camino ligeramente diverso, nada nos autoriza a reconocer como objetivos los datos de la experiencia, ni a afirmar que la persona humana que tenemos delante sea una sustancia: de hecho, para Kant, nosotros conocemos solo los fenómenos, los aspectos que nos aparecen

sensiblemente, pero no podemos deducir de ellos alguna certeza sobre la sustancia (noúmeno).

Es claro que en esta reducción la misma posibilidad de conocer lo real falla y lo que le queda al hombre para moverse en la realidad, para vivir y responder a las tres preguntas fundamentales de Kierkegaard –¿qué sentido tiene todo?, ¿qué son el bien y el mal?, ¿qué puedo esperar?– es únicamente el pensamiento humano, sin “anclaje en el cielo”.

Tal dramática reducción madura en el comprensible intento de Hegel de sistematizar el saber y el pensamiento, con un planteamiento esencialmente idealista. Si bien es posible comprender el valor tentativo de sistematización, no es en ningún caso lícito compartir los resultados, porque un error sistematizado sigue siendo error; lo falso, aunque ordenado, sigue siendo falso. Los resultados de tal planteamiento no son solamente de tipo filosófico, sino –¡ay!– que han sido sobre todo histórico-políticos. En la mala tierra del idealismo hegeliano florece el pensamiento de Fichte, Schelling y Marx, que dará vida a las dos terribles dictaduras del pasado siglo, la nazi-fascista y la marxista-leninista.

¿Qué refugio ha encontrado el hombre a tal reducción? No ha podido sino separar la razón práctica de la especulación, auto-confinándose en el tecnocientifismo –fruto del positivismo del siglo XIX y del neopositivismo–, en el enfoque de la realidad empírica, y en el mero sentimiento de abordar las cuestiones existenciales.

De esta división, que no tiene ningún fundamento en la realidad de la persona humana y que no es ni siquiera existencialmente sostenible, nace la posibilidad de un espacio ocupado progresivamente por la dictadura del pensamiento único, que, al tener frente a él a un hombre deseducado en la confrontación con la realidad, intenta progresivamente hacer aquello que quiere, convencerlo de que la hierba no es verde y que el hombre no es hombre. La primera es una cita de Chesterton, la segunda es la finalidad perseguida por el maligno.

¿Por qué un pensamiento único? ¿Quién tiene interés en alimentar este tipo de fenómeno? Para nosotros, pobres metafísicos, obstinadamente habituados a pensar

que cualquier efecto ha de tener una causa, resulta imposible no preguntarse, dada la enormidad del efecto, cuál puede ser la enormidad de la causa. No hacemos ciencia ficción, ni política-ficción, si afirmamos que detrás de la dictadura del pensamiento único existen fuertes poderes económicos transnacionales, capaces de dictar la agenda de los gobiernos legítimamente elegidos, de planificar, determinar y guiar crisis nacionales y regionales (y quizá, al final, mundiales) y de determinar y perseguir un preciso proyecto sobre el hombre en cuanto tal y sobre la humanidad en su conjunto.

Frente a un cuadro tan inquietante, nosotros estamos ciertos de la Palabra del Señor, quien ha garantizado a su Iglesia que las tinieblas no prevalecerán (cf. Mt 16, 18); en Cristo Resucitado tenemos ya la victoria, pero esto no nos exime, a lo largo de los siglos, de la batalla.

El pensamiento único, que es una dilatación y una solidificación del así llamado pensamiento líquido, se identifica con algunas “constantes” fácilmente identificables: la superación, a veces violenta, de cualquier referencia a la ley natural; el confinamiento y la justificación de cualquier elección en el puro arbitrio humano; la consiguiente devaluación de toda identidad nacional, cultural y personal, con la sola obligación identificativa de no tener identidad; la propuesta de una presunta hermandad universal (¡hermandad, no fraternidad!), fundada no se sabe sobre qué, asociada a un naturismo ecologista, espiritualista y pseudo-panteísta y a una solidaridad filantrópica generosa en las intenciones, pero del todo inconsistente en su fundamentación.

Desde el punto de vista del método tal planteamiento se revela dictatorial, porque no tolera posiciones diferentes: no tolera que alguien pueda hablar de ley natural; no tolera que alguien pueda reivindicar identidad cultural, histórica y social; no tolera la existencia de un pensamiento “políticamente incorrecto”, esto es, que no esté en línea con cuanto sea impuesto por la mayor parte de los medios de comunicación subordinados a la dictadura del pensamiento único.

Es así evidente el elemento coercitivo-dictatorial, de modo que cualquiera que no se le someta es, en el mejor de los casos, deslegitimado intelectual y socialmente

y, en los casos más graves, difamado y literalmente linchado por los mismos medios de comunicación que imponen el pensamiento único.

Tal situación, si un tiempo podía ser relegada a los círculos académicos y las escuelas filosóficas, hoy ha permeado la entera sociedad occidental, convirtiéndose en elemento condicionante del pensamiento, las elecciones y el actuar de los hombres. Dos ejemplos están ante la mirada de todos y tienen un valor antropológico: el primero, la afirmación de que las convicciones religiosas se enraizan únicamente en la libre opción personal y que de ningún modo pueden o deben incidir en las opciones públicas; el segundo, la forzada superación de aquel núcleo constitutivo de cualquier sociedad, que determina su propia supervivencia, la unidad dual hombre-mujer, con la correspondiente constitución de la familia, “célula de resistencia a la opresión”, como decía Chesterton, y de la misma identidad del ser humano (baste pensar en la insidiosa y penetrante teoría del “*gender*” y a sus perniciosas consecuencias antropológicas).

¿Cómo situarse frente a tal panorama? ¿Qué actitudes asumir y qué estrategias adoptar? ¿Cómo mantenerse libres en una sociedad de pensamiento único?

## **2. Cómo ser libres en tal contexto**

Hemos llegado así al segundo momento de nuestra reflexión, para el que considero necesario hacer una premisa. La tentación de “homologarse” para recibir el aplauso del mundo, o incluso sólo por no recibir los ataques, puede estar presente en cada uno de nosotros. No es fácil, de hecho, verse continuamente agredido, puesto en discusión, monitoreado o deslegitimado, porque no se es homologado u homologable a la dictadura del pensamiento único. Más doloroso aún si tal ataque o marginación provienen del conjunto mismo al que se pertenece, de aquellas franjas –no siempre minoritarias– de Iglesia que se han reducido a sí mismas a megáfonos del pensamiento dominante, amamantando de sentimiento vagamente religioso la injustificada aniquilación del pensamiento.

El Cristianismo, por el contrario, es la fe en el *Logos* hecho carne, en la Razón hecha carne; y mientras el mundo griego relegaba la religión al mito y filosofaba con el *logos*, el Cristianismo ha sido capaz, único en la historia, de convertirse en la

“Religión del *Logos*”, la fe en el Dios histórico de Israel, hecho hombre, hecho “Razón Encarnada”.

Intentaré, en esta segunda parte de mi intervención, señalar algunas posibles actitudes frente a tal situación, que —es obligado reconocerlo— reclama extraordinarias energías y competencias extraordinarias, así como un profundo “*sensus Ecclesiae*”.

### ***2.1. Las fuentes de la libertad***

¿Dónde anclarse para ser libres frente a esta dictadura? Dos me parecen las fuentes de una actitud libre en este contexto: una natural y otra sobrenatural.

La natural se identifica con una constante formación y auto-formación, con la corrección de posibles derivas gnósticas-idealistas, siempre posibles incluso entre nosotros; con la recuperación de una sana gnoseología realista, metafísicamente fundada, y de una relación consecuente con la realidad, consigo mismo y con el Creador. Es necesario, desde el punto de vista natural, ejercitar una constante actitud crítica; no la crítica de Guillermo de Ockham, ni la duda metódica erigida en sistema, sino una sana capacidad de examen, capaz de contrastar cada afirmación y cada propuesta, cultural y social, partiendo de aquello que el hombre realmente es, de su experiencia elemental, de las evidencias fundamentales del yo y de sus exigencias estructurales. Parece paradójica esta llamada a empezar desde el hombre, pero no es, en ningún caso, una reducción antropocéntrica; es, al contrario, la única posibilidad que tenemos para dialogar siempre con cada hombre y acompañarlo en una posible apertura, libre y consciente, hacia el Misterio.

Se trata de una labor, a veces extenuante, que compromete nuestras mejores energías, que nos gustaría poder dedicar de modo más completo al ministerio y a las personas, lo que más apreciamos. Sin embargo, se trata de una labor indispensable, sin la que las mejores intenciones ministeriales y formativas corren el peligro de revelarse totalmente ineficaces.

El segundo pilar, el sobrenatural, viene dado por la vida de la gracia, de la oración y de la continua relación personal, eclesial y sacramental con Dios. Debemos creer —y así lo creemos— que el Espíritu Santo inhabita en quienes se abren a Él conscientemente y les permite una más auténtica compenetración con la realidad, un

juicio más profundo y, al mismo tiempo, la intuición de caminos más adecuados para la consecución de los fines.

Siendo la aniquilación del hombre, la mentira del hombre sobre el hombre, la meta a la que apunta el maligno constantemente, la vida de gracia representa un antídoto indispensable también a la dictadura del pensamiento único y es, digámoslo claramente, la única fuente verdadera a la que acudir, sobre todo cuando tal dictadura permea los ambientes eclesiales y se manifiesta violentamente en ellos.

Los grandes teólogos de la historia nos enseñan la virtuosa circularidad entre penetración en el Misterio y progresiva configuración con él, y configuración con el Misterio y progresiva penetración en él. En cierto sentido podría ser como una extensión del *fides quaerens intellectum* e *intellectus quaerens fidem*, en la conciencia dramática de que, en la confrontación con la dictadura del pensamiento único, ni la fe, ni el recto uso de la razón pueden ya representar presupuestos compartidos para un diálogo.

En síntesis, a nivel natural, estamos llamados a un uso valiente de la razón y, a nivel sobrenatural, a una inmersión siempre más radical en la oración y en la relación con el Misterio. Razón y fe, uso de la razón e inmersión en el abrazo de la fe representan las fuentes principales de nuestra libertad frente a la dictadura del pensamiento único.

## ***2.2. El método de la libertad***

¿En qué modo camina la libertad en este contexto? Me permito recordar que la palabra “método” deriva del griego, del termino *hódos* que significa camino. Por tanto el “método” es un “camino que recorrer”, que exige una meta y la libertad necesaria para alcanzarla.

Condición indispensable para el ejercicio de tal libertad es la conciencia de la propia pertenencia. Como un niño es mucho más libre cuando tiene la certeza de la propia pertenencia a sus padres, así todo hombre es mucho más libre cuando sabe a quién pertenece.

En este sentido, la revolución de los años 70, que pretendió matar a los padres para liberar a los hijos, se ha revelado como una profunda mentira, dando vida simplemente a una generación de huérfanos, de “sin-padres”, esclavos de las propias ideologías. La certeza de la pertenencia es uno de los elementos más atacados por la ideología única dominante, quien para poder ejercitar la propia dictadura tiene necesidad de hombres solos, solitarios, separados de cualquier relación significativa con el otro. El ataque a la institución natural de la familia y la presión de la *ideología de género* tienen exactamente este fin: fragmentar la sociedad y, en última instancia, fragmentar el yo, para que resulte casi del todo incapaz de oponer cualquier resistencia a la dictadura del pensamiento único.

¿Cómo aumentar la conciencia de pertenencia?

Antropológicamente esto sucede compartiendo una historia común, de ideales compartidos y de pasión por tales ideales. Documentación efectiva de esta absoluta novedad en la historia humana es el Cristianismo. De este fenómeno da una extraordinaria descripción Joseph Ratzinger–Benedicto XVI, en la obra fundamental “Jesús de Nazaret”, cuando afirma: “La unidad debe aparecer, ser reconocible, es reconocible precisamente como lo que no existe en ninguna otra parte del mundo; lo que no se explica por las propias fuerzas de la humanidad y que manifiesta la acción de una fuerza diversa. Mediante la unidad humanamente inexplicable de los discípulos de Jesús, a través de todos los tiempos, es legitimado Jesús mismo”.

¡Para nosotros la pertenencia es esto!

Es esta unidad sobrenatural la primera fuente de nuestra libertad.

Entonces el método, el camino de la libertad frente al pensamiento único dominante es el incremento de la pertenencia y, en particular, de la pertenencia histórica que es, en primer lugar, familiar, después social y cultural y que encuentra admirable síntesis en la pertenencia religiosa. Con la radical diferencia, para nosotros cristianos, de que la pertenencia religiosa es la pertenencia a un hecho, a un Acontecimiento histórico, visible, tangible y audible.

Incrementar conscientemente, con todas nuestras fuerzas, esta pertenencia, significa ofrecer a los hombres un extraordinario servicio de libertad, significa dilatar su propia libertad, robustecerla, haciéndola así menos permeable a los sutiles y, al mismo tiempo, violentos condicionamientos del pensamiento único.



¡Es necesario edificar la Iglesia para edificar la ciudad de los hombres! ¡Servir a la Iglesia, construir la Iglesia, para construir el mundo! Es necesario defender e incrementar el sentido de pertenencia, para ampliar los confines de la razón y de la libertad, y poder así resistir al pensamiento único dominante.

Acompañar al hombre en el camino “del redescubrimiento de la razón” es uno de los grandes servicios que la Iglesia pueda ofrecer a este occidente hastiado y desesperado. ¡Más aún, ahora ni siquiera ya hartos! ¡Solo desesperados!

### ***2.3. La defensa y la promoción de la libertad***

¿Cómo podemos entonces defender y promover tal libertad? ¿Qué espacios de maniobra tenemos para favorecer el crecimiento de nuestros fieles y el mantenimiento de una mirada crítica sobre la realidad, capaz de frenar y contrarrestar la dictadura del pensamiento único?

Es necesario sobre todo tomar conciencia de que vivimos fundamentalmente en contextos que, al menos jurídica y nominalmente, son democráticos. La Iglesia, que ha madurado en el tiempo un juicio propio sobre las modernas democracias, no es asimilable a ellas, si bien los cristianos están llamados a vivir y a obrar en ellas.

De por sí, al menos en línea de principio, el pensamiento único es lo más distante que pueda existir de una democracia real. De hecho, por su naturaleza, la democracia da espacio a cualquier expresión, se nutre del criterio de la representatividad, es capaz de dar espacio a las minorías, respetando la historia y el derecho.

Pero, ¿qué democracia es capaz de hacer esto? ¿La social-democracia? ¿Las democracias liberales? ¡No! Solamente una democracia que viva en un contexto cultural que tenga valores compartidos, que sea capaz de poner en el centro a la persona; y esto es comprendido solamente en los países de larga tradición cristiana, católica o no.

En cambio, donde no existe una plataforma de valores compartidos, la democracia misma es un peligro y, con ella, la posibilidad de la legítima expresión de la diversidad y el respeto también para las minorías.

Por esta razón, el gran trabajo a realizar es sobre todo una labor de formación. La “emergencia educativa” no es sino la urgente necesidad de volver a formar las conciencias; de volver a formar mujeres y hombres capaces de un auténtico juicio sobre la realidad y una consiguiente operatividad en el ámbito social.

Sólo con hombres nuevos es posible un tiempo nuevo, una auténtica reforma. Paradójicamente este tiempo nuestro, tan pobre de referencias y tan desorientador para tantos jóvenes, representa para nosotros una posibilidad real, una oportunidad de real *incisividad*, lo que supone saber encontrar verdaderamente a las personas en su ámbito existencial, convirtiéndonos, con la guía del Espíritu Santo, en referentes ciertos del poder de la verdad que proclamamos.

Mujeres y hombres formados pueden y deben utilizar todos los espacios que la democracia deja aún disponibles, para contrastar, en modo determinado, las derivas totalitarias del pensamiento único.

Estamos en grave retraso. Muchos parecen todavía dormir, pero ¡quizá no sea aún demasiado tarde! Tenemos todavía un pueblo que ha visto la realidad; aunque las nuevas generaciones son víctimas de los “*social network*” y de la realidad virtual, tienen todavía padres y quizá abuelos que han tenido una experiencia diversa de la relación con la realidad. Que pueden llamar verdadero lo verdadero y bien el bien, que saben reconocer la hierba verde y decir qué es un hombre.

No podemos permitirnos ulteriores retrasos, porque tendremos que responder ante Dios, ante la Iglesia y ante la historia. Es necesario comprender lo que es verdaderamente urgente en nuestro tiempo. Porque si todo es urgente, no hay nada verdaderamente urgente. En cambio, es propio del Espíritu saber discernir, distinguiendo aquello que es verdaderamente importante.

La libertad frente al pensamiento único dominante, la autonomía de las conciencias que se sustraen a la violencia de los medios de comunicación de masas, siendo nuevamente capaces de escuchar la voz de la Verdad, la voz de Dios, representa la auténtica prioridad y el presupuesto necesario para cualquiera otra posible reflexión y realización.

La libertad, por último, puede también ser vista como una virtud, que se incrementa con su ejercicio. Me explico mejor. Si al comienzo puede amedrentar tomar distancia del pensamiento dominante, dentro y fuera de la Iglesia, por las consecuencias que podemos intuir y padecer, sin embargo, escuchando la voz de nuestra conciencia, formada e informada, que nos impulsa a escapar de la dictadura del pensamiento único y a pensar y actuar como hombres libres, experimentaremos qué significa, en nuestra existencia, en nuestra carne y sangre, la palabra de Jesús: “La Verdad os hará libres”. Teniendo firme que, para nosotros los cristianos, la verdad no es un concepto, ni una idea que defender, sino una Persona (Jesucristo), experimentaremos progresivamente que sustraerse al pensamiento único dominante se hace cada vez más posible y, en definitiva, natural y necesario, a condición de que la libertad se habitúe a actuar en tal modo.

Es necesario comenzar a usar de nuevo con humilde fiereza la razón y la libertad, para saborear de nuevo su gusto extraordinario y verificar que son lo más grande y significativo que como hombres tenemos.

¡Es suficiente comenzar para ya no volver atrás!

Sustraerse al pensamiento único dominante significa llegar a ser capaces de iluminar a las personas que están alrededor nuestro, mostrándoles la única verdadera razón por la que vale la pena vivir y luchar, trabajar, sufrir, gozar y morir: Jesucristo, único salvador, centro del cosmos y de la historia, verdadero rostro de Dios para los hombres; aquel rostro que el pensamiento único dominante ha decidido arbitrariamente expulsar del mundo, primero relegándolo en las ideas, después en las opciones personales y, finalmente, en lo absolutamente indefinible. “Él estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por medio de Él, pero el mundo no lo conoció. Vino a los suyos y los suyos no lo conocieron” (Jn 1...).

Nosotros sabemos que la dictadura del pensamiento único no podrá triunfar en la historia. Sabemos que sólo Cristo, Rey del universo, es el Señor del tiempo y de la historia y que su Reino no es sólo vagamente espiritual, sino real, concreto; Él tiene en sus manos, verdaderamente, la suerte del mundo y del universo. Será Él, de hecho, quien reduzca a nada todo principado y potestad, quien someta a sí todas las cosas y consigne el mundo al Padre (cf. 1 Cor 15, 20-26.28).

En este tiempo de espera de su retorno glorioso, la tarea de la Iglesia –y la nuestra, pastores de la Iglesia– es liberar a los hombres de toda esclavitud del cuerpo y de la mente, el corazón y la voluntad, señalando con lúcida certeza los peligros más graves, denunciándolos con *parresía* evangélica e indicando con claridad el camino a recorrer.

Todo esto no es, en ningún caso, contrario al respeto de la libertad de nuestros hermanos, porque indicar el camino no significa en absoluto caminar en lugar de los otros. Nadie camina en el lugar del otro, pero si nadie indica el camino todos están quietos o, al máximo, vagan, perdiendo tiempo, energías y, en definitiva, perdiéndose ellos mismos. No olvidemos que tenemos deberes precisos como bautizados, como confirmados y –según nuestra vocación específica– como sacerdotes ordenados.

La que ya ha vencido todo dominio del pecado y de la muerte, la que ha aplastado la cabeza de la serpiente, la Bienaventurada Virgen Inmaculada, nos guíe en esta lucha necesaria y liberadora para que cada uno de nosotros pueda siempre resistir y ser verdaderamente libre, en este tiempo nuestro, frente a una sociedad paralizada, hipnotizada e instrumentalizada por el pensamiento único dominante.